

dos documentos inéditos para la historia de la universidad de concepción

Miguel Da Costa Leiva

(En el cincuentenario de la fundación de la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción).

Hemos tenido ocasión de encontrar dos interesantes documentos que merecen conocerse por la opinión pública. Debido a la importancia que revisten históricamente constituyen la expresión directa de una etapa en la vida de la Universidad de Concepción. Ellos son una carta fechada en Santiago el 17 de mayo de 1923, firmada por el señor Guillermo Grant Benavente y dirigida al Sr. Enrique Molina Garmendia. El otro es un discurso pronunciado por el Rector de la Universidad de Concepción don Enrique Molina G. el día 26 de abril de 1924, en la inauguración de la Escuela de Medicina de esta Universidad.

El primer documento es elocuente en cuanto al consenso de crear en Concepción una escuela formadora de médicos, descentralizando las actividades docentes que en tal sentido sólo existían por ese entonces en Santiago. Y nada mejor que encargar de ello a la naciente Universidad de Concepción, cuyo prestigio, a pesar de su corta existencia, ya era positivamente evaluado en la capital por los medios rectores de la educación superior. Asimismo, se ponen de relieve las dificultades existentes para contratar el personal docente que se hará cargo de estas actividades, como también de las condiciones didácticas en que se desenvolverá la enseñanza de la medicina. Queda claro el optimismo del firmante —seguramente compartido por todos los que propiciaban esta idea— de que los primeros cursos de la Escuela de Medicina comenzarían a funcionar en 1924, como realmente aconteció. Señalamos que esta nota está fechada un año antes —1923— lo que significa la planificación organizada y previa suficiente para que la gestión de estos visionarios fundadores tuviera éxito.

El otro documento es una pieza literaria de extraordinario valor, es el pensamiento de Enrique Molina en la plenitud de su vida. Como Rector de esta Casa de Estudios crea, organiza y administra según las pautas que las necesidades le plantean, pero sobre todo actúa por ese innato sentido del futuro y del progreso del cual hizo gala en sus obras materiales y escritas. Este documento importa, además, porque se reseñan las líneas proyectivas de lo que se espera debe ser una Escuela de Medicina en Concepción y porque entraña conceptos sobre política y filosofía universitarias, elementos éstos en los cuales don Enrique Molina logró concebir y visualizar en mejor forma

que ninguno en nuestra tierra. Bonita tarea sería contrastar esta enunciación de principios con lo que ha acontecido hasta el presente.

Se delinean allí los proyectos del "futuro": un curso de Ciencias Económicas (la actual Escuela de Economía), un curso de Enfermeras (la actual Escuela de Enfermería), curso de Ingeniería Eléctrica, Hidráulica y de Minas, muchos de los cuales constituyen lo que hoy es la Escuela de Ingeniería.

Las razones y motivos de la fundación de la Escuela de Medicina ya se encuentran presentes en el documento del Sr. Grant —antes señalado— pero se corroboran aquí. Hay demasiados jóvenes en Chile que aspiran a ser médicos y no es posible atenderlos a todos en Santiago; la creación de una Escuela en Concepción no sólo reportará beneficio a esta ciudad, si no que constituye una necesidad nacional, como se desprende de la creación que se hará de otras escuelas congénères en puntos importantes del país años más tarde.

El autor de este discurso tiene plena conciencia de los conceptos e ideas que utiliza en esta ocasión tan especial. Un hecho que nos pudiera hoy parecer pueril, sin embargo, debe atacar el Rector por ser un argumento fuerte para esa época utilizado por algunos: se critica la multiplicación de estas Escuelas bajo el pretexto que habría médicos en cantidad suficiente para solventar las necesidades del país. El papel de éstos —dice Molina— no es solo curar al enfermo doliente, sino que le asigna una serie de actividades sociales y que son la esencia misma de la función que desempeña en cada comunidad donde los médicos prestan sus inestimables servicios.

Molina tiene en mente la estructura futura de la Universidad que no contenta con la docencia que en sus aulas se imparte debe también dedicarse a la investigación, rasgo este último inherente a la concepción de la universidad moderna. Y una Escuela de Medicina viene a ser el mejor centro para tales operaciones, puesto que actúa con algo tan valioso y misterioso como es la vida humana.

Pero donde se expresa el sentido esencial que debe guiar a la Universidad, como parte de su filosofía, es cuando dice que ésta "no se deja perturbar en su marcha ni por las agitaciones políticas ni por los sórdidos consejos del interés individual ni por las pasiones de círculos estrechos ni de ninguna clase de banderías". ¿Cuántas cosas se pudieron evitar si se hubiera recordado esta consigna!

Una Universidad que está al servicio de la comunidad, que le da vida para que se renueve y vitalice debe "inspirar confianza" a todos, especialmente por la "honradez intachable de su administración general" factor éste que moldea su imagen frente a quienes están constantemente viendo en ella el ir y venir no sólo de generaciones de jóvenes y maestros, sino también de cosas, de bienes que bien aprovechados dan satisfacción e idea de buen manejo y de claro uso positivo a recursos que de por sí son difíciles de obtener a la comunidad y a la nación que no cuentan con la abundancia de ellos.

Pero, por mucho que la Universidad sirva a esta comunidad que le da vida, no puede olvidar el papel trascendental que tiene la especie humana y que está en la raíz misma del concepto de Universidad: "Lo humano, lo inquietantemente humano, no debe permanecerle extraño: aquí radica la esencia

de la vida espiritual". Un enamorado del espíritu, o mejor aún, un filósofo como Molina, que había llegado en sus cavilaciones a deletrear la importancia crítica que tenía para el hombre su esencial espiritualidad, no podía dejar de ponerlo de manifiesto en la obra que, para algunos, es el instrumento que la historia de hoy, pone a disposición de la Inteligencia: la Universidad.

Si es el hombre integral el que debe formar cualquier sistema educativo racionalmente concebido y especialmente el nivel universitario que actúa con personas que lindan la madurez humana —los jóvenes— entonces hay que darles no sólo lo que las escuelas profesionales piden para una adecuada formación disciplinaria si no también, y en muy buena medida, una cultura general, en que la filosofía pura, la ética, la historia y las bellas letras constituyan un aliciente para encontrarle sentido y agrado a la vida. Con ello, Molina está rubricando la importancia que revisten las Humanidades en el proceso de formación de personalidades. No olvidemos que cuando Molina dice esto está el ambiente impregnado de adhesión al positivismo. Hay exagerada inclinación a negarle importancia a las Humanidades frente a un siglo que ve asombrado un descubrimiento tras otro en el mundo de la Técnica y las Ciencias Físicas y Naturales. En tal caso, era lógico esperar que una personalidad como nuestro autor dijera a quienes de algún modo tenían ingerencia en los destinos y administración de la educación chilena el lesivo daño que se hacía al desterrar y olvidar en la educación campos que la cultura occidental fueron madurando a través de largas jornadas. La Universidad de Concepción, en este respecto, si no pionera en estas cosas tenía a través de sus administradores clara conciencia de lo que esto reportaba. Es así que, sumado a lo anterior, desde muy temprano incluyó un sistema de "extensión universitaria" con el objeto de hacer llegar la cultura al público. Y también fundó una revista —"Atenea"— con el propósito de servir los intereses intelectuales de los escritores, no sólo universitarios, sino de cualquier rincón del país que se sintieran atraídos por la vocación de las letras. Todas estas iniciativas —laudables desde todo punto de vista— se han mantenido con el tiempo dando crédito al valor que siempre ha dado esta Universidad a las Humanidades.

Muchos círculos interesados no vieron con buenos ojos el establecimiento de un Casa de Estudios Superiores en Concepción, fue la miopía de siempre: centralismo exagerado, la pasión política y doctrinaria, la poca visión y confianza en los destinos de otras regiones del país que no fueran Santiago, etc. Molina es un historiador y como tal se perfila cuando revisa el pasado, vive el presente en forma crítica y atisba el futuro. Es que los hechos y la experiencia histórica le enseñaban lo que había de previsible en algunos fenómenos sociales. Concepción es por antonomasia una ciudad universitaria —lo dice en 1924—. Hoy esta aseveración resulta evidente a todas luces. Lo afirma por su enclave y por su historia. Otras regiones de Chile podrán alcanzar mayor significación e importancia en actividades distintas a las educacionales "mas a Concepción no se le pueden disputar sus palmas de ciudad universitaria". Este convencimiento de Molina se desprende de la ubicación de Concepción como vórtice de gran parte del sur de Chile, y además porque "la historia patria, las circunstancias y oportunas inicia-

tivas han señalado a Concepción como la sede de ese centro". ¡Cómo habrían tomado sentido estas palabras si por un instante quienes las escucharon ese otoñal día de abril de 1924 pudieran haber tenido la mágica visión de lo que es Concepción en el presente!

El optimismo de Molina, empero, tiene sus limitaciones. Se da cuenta que cualquier loco puede destruir la mejor de las maravillas, como el Templo de Efeso y la Piedad de Miguel Angel. De ahí su aprehensión por sentar con bases incombustibles la estabilidad de la Universidad en esta ciudad. Es una época en que muchas iniciativas se pierden o se esterilizan. Molina entreabre el telón del pesimismo cuando invita a los presentes a visualizar un Concepción sin su Universidad; y el panorama no puede ser más desolador: "Ya veo dispersa y abandonada esta juventud que es una promesa; la veo decepcionada, amargada, quejosa, porque no supimos mantener el compromiso que tácitamente trajimos con ella al abrirle nuestras aulas; la veo perdida en parte para ella misma, para sus familias y para la patria...", y sigue con pinceladas negras y sombrías pintando la huida de la juventud estudiosa, del encanto de las calles y paseos de la ciudad, de la desesperanza de los padres con respecto al porvenir de sus hijos, la decadencia del comercio y la sepultación de nuevas expectativas para la instalación de futuras industrias. Sin duda alguna, es la parte más impactante del discurso y no la hemos querido transcribir entera, a propósito, con el objeto de invitar al lector para que la lea y no pierda el hondo contenido que allí se revela. ¡Ojalá que estos conceptos nunca se olviden! La Universidad "es de Concepción" —de allí su apelativo— y la ciudad la defendería ante una eventual supresión, no cabe duda, máxime que en el presente se ha convertido en un centro de tal importancia y envergadura que la sola idea de esta eventualidad —como pensaba Molina— "produce frío en las entrañas, como cuando se encara hondamente la idea del suicidio o de la muerte. Tal posibilidad importaría una ruina moral, significaría un desplome de caracteres, y afectaría no sólo al Sur sino a todo el país". Esas palabras —producto del pesimismo de la época— nos parecen hoy lejanas e imposibles, puesto que la Universidad ha desarrollado raíces muy profundas en la ciudadanía y la sola idea de que lo que pensaba Molina le pudiera suceder repugna al espíritu ilustrado.

¡Qué de incomprendiciones y sacrificios debieron de soportar los primeros hombres de esta Universidad! Siempre a la defensiva, luchando día a día para que ésta no se marchitara o se estancara en su progreso. De eso habla nuestro autor en sus páginas finales: es un llamado a la defensa de sus ideales cristalizado en esta ALMA MATER, convencidos como estaban de que luchaban por plasmar altos valores trascendentales, cuya perennidad y sentido sólo podían comprender algunos pocos iniciados en estas abtrusas facetas de la cultura y legar de este modo a generaciones venideras la fuente de la cual se nutriera —cuál ciclo griego— la renovación de las juventudes. Hubo sacrificios y dolores en estos comienzos —como llega la vida— pero conforme a la consigna elaborada en esos mismos comienzos se sabía ya con certeza "que nada grande se hace en vida sin verdad, esfuerzo y sacrificio", lema que debiera figurar en todos los espíritus jóvenes que ingresan a esta Universidad y que por desgracia a veces suele olvidarse.



Delegación de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile que asistió a la inauguración del primer año de la Escuela de Concepción, abril de 1924.



Banquete en el Club Concepción con motivo de la inauguración de la Escuela de Medicina.

CARTA DE DR. DON GUILLERMO GRANT B. A DON ENRIQUE MOLINA (1)

Santiago, 17 de mayo de 1923.

Señor don
Enrique Molina
Santiago.

Mi estimado don Enrique: En ésta mi principal preocupación es la idea del establecimiento del curso del primer año de Medicina en nuestra Universidad. Todos los profesores con quienes he hablado son de opinión que el curso debe empezar a funcionar cuanto antes, el rector Doctor Amunátegui en su interés me mostró hasta el acta de la sesión del Consejo en que hizo ver la necesidad de que la Universidad de Concepción estableciera los dos primeros semestres. Me dijo le manifestara que podía contar Ud. i el directorio con su apoyo más decidido para la mejor realización de la obra i que la idea es de él en su ánimo de impulsar el progreso de la Universidad de Concepción cuyos buenos resultados ha podido apreciar.

Respecto a pabellón de Anatomía cree el doctor Amunátegui que con cien mil pesos saldremos del paso pues eso del frigorífico es algo que está demás, por procedimientos sencillos se pueden conservar cadáveres hasta por un año, el procedimiento lo llevaré, me lo indicará el Doctor Jirón. El doctor del Río, hombre bastante exigente me manifestó que bastaría un amplio galpón i el Doctor Benavente profesor de anatomía cree que las doce mesas que tenemos actualmente bastan para los ejercicios de disección del primer año.

Tengo la absoluta confianza de que podremos iniciar el próximo año el 1er. curso de Medicina con 50 alumnos. Esta tarde hablaré nuevamente con el Doctor Noé, parece va a ser difícil conseguir que alguno de los ayudantes que él indica se vaya por menos de mil pesos mensuales, como éste sería el único gasto grande en el profesorado del 1er. año creo no irá a haber obstáculo para pagar el sueldo que indique la persona que el profesor Noé designe, pues tenemos que aceptar el que él proponga.

El Doctor Amunátegui nos visitará cuando empiece a funcionar el curso de Medicina, tal vez el Doctor Aguirre vaya antes.

Sírvase recibir un afectuoso saludo de su amigo i servidor.

Guillermo Grant B.

(1) Copia textual.